

Geoffrey Parker, *El siglo maldito. Clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII*, traducción de Victoria Gordo del Rey y Jesús Cuéllar, Planeta, Barcelona, 2013, 1585 pp. (edición original: *Global Crisis: War, Climate Change and Catastrophe in the Seventeenth Century*, Yale University Press, New Haven, 2013, 904 pp.).

ALBERTO MARCOS MARTÍN
Universidad de Valladolid – Red Columnaria

«Es el clima, estúpido.» Así, con esa aparentemente desabrida contundencia, parafraseando una frase referida en principio a la economía y, como tal, puesta en circulación por el estratega electoral James Carville durante la campaña de las presidenciales norteamericanas que dieron el triunfo al tándem Clinton-Gore en 1992, titula Geoffrey Parker el epílogo de su reciente libro dedicado a la llamada Crisis General del siglo XVII. Semejante expresión es traída a colación por el historiador británico para significar, desde una posición que no oculta su lado combativo, cuánto ha costado que la comunidad internacional haya empezado a reconocer (tras superar los escepticismos iniciales o la ignorancia interesada en la que, no obstante, siguen instalados muchos países) la existencia del cambio climático y su impacto potencialmente catastrófico sobre poblaciones, cosechas y ecosistemas; y sobre todo, circunstancia que quizá tenga una mayor trascendencia de cara al inmediato porvenir, que haya comenzado a aceptar asimismo que dicho cambio se debe a la actividad humana, es decir, a las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero causantes del calentamiento global. Una constatación, en fin, que de asumirse con todas sus consecuencias debería implicar, para evitar precisamente que continúen produciéndose interferencias peligrosas en el sistema climático, un cambio del sistema económico actual, ese basado en la idea —sin duda equivocada— de que el crecimiento ilimitado constituye el único modelo de desarrollo posible.

Nos encontramos, aunque por lo dicho hasta ahora no lo parezca, ante un libro de historia, y lo que su autor pretende recordarnos con la

frase en cuestión —despojándola si acaso de cualquier connotación insultante— es que en el pasado histórico (esto es, sin tener que remontarnos al tiempo extrahistórico de la geografía) hubo también otros cambios climáticos, aunque no fueran tan rápidos ni tuvieran el carácter antropogénico del actual; y, más en concreto, que tales cambios alcanzaron probablemente a todos los continentes y a todos los océanos, y provocaron consecuencias devastadoras para la salud y el bienestar de la población, amén de coincidir con perturbaciones políticas y sociales (incluidas guerras civiles y guerras entre estados) de notable envergadura. Uno de esos episodios críticos, ya conocido por los historiadores¹ pero insuficientemente estudiado, la Pequeña Edad de Hielo, es el que justifica y da contenido a *El siglo maldito*, título escogido por el autor para la edición española del libro, el cual resulta aún más impactante si cabe que el de la edición original en inglés. No hay en esta nueva elección, empero, ninguna concesión a exigencias de tipo mediático o comercial. A fin de cuentas de lo que se habla en este libro es del «episodio de enfriamiento global más largo y más grave registrado en toda la Era Holocena», que, según destaca el propio Parker al explicar cómo le vino a la cabeza la idea medular del mismo, se encuentra en el centro «de la primera crisis global sobre la que tenemos documentación adecuada respecto a los casos de Asia, África, América y Europa».² Y ambas

1. Sobre todo después del libro de Emmanuel LE ROY-LADURIE, *Histoire du climat depuis l'an mil*, Flammarion, París, 1967, al que seguiría su monumental *Histoire humaine et comparée du climat*, 3 vols., Fayard, París, 2004-2009. Desde entonces han sido muchos los historiadores que han tratado el tema de las relaciones entre el clima y la historia, como por ejemplo Brian FAGAN, *La pequeña edad de hielo. Cómo el clima afectó a la historia de Europa (1300-1850)*, Gedisa, Barcelona, 2008. También en el caso español son relativamente abundantes los trabajos que abordan el estudio de los efectos provocados por el clima. Véase por todos el reciente de Armando ALBEROLA ROMÀ, *Los cambios climáticos. La Pequeña Edad de Hielo en España*, Cátedra, Madrid, 2014.

2. Véase en particular el prólogo, así como el mensaje electrónico de febrero de 1998 enviado por Parker a su editor de Yale University Press y reproducido en el capítulo de agradecimientos: *El siglo maldito...*, pp. 13-20 y 1171-1172.

son razones más que suficientes no ya solo para introducir el clima en el análisis histórico y estudiar el impacto del cambio climático y de los sucesos meteorológicos extremos sobre los hombres y las actividades humanas (y, por ende, sobre la viabilidad y supervivencia de las construcciones políticas existentes) sino también para escapar de la tradicional visión «europocéntrica» de la historia y hacer una historia que podamos considerar (y calificar) de auténticamente «global».

Los dos objetivos están muy presentes en este libro. Más en concreto, el propósito primero y fundamental perseguido por su autor no es otro que «ligar» la Pequeña Edad de Hielo, considerada sin ambages por él como «la peor catástrofe de origen climático del último milenio», con la Crisis General identificada hace ya tiempo por los historiadores. No hay que pensar, sin embargo, que Parker se deja arrastrar por una suerte de determinismo climático explicativo. Él mismo se ocupa de salir al paso de cuantas imputaciones de este tipo vayan a hacersele e insiste desde el primer momento en que las manifestaciones más visibles de la Crisis (desde los retrocesos económicos y demográficos hasta las guerras permanentes, pasando por la sucesión de revoluciones y procesos de desintegración de estados, que en el transcurso del *siglo maldito* alcanzaron, ciertamente, dimensiones globales) en manera alguna pueden ser interpretadas como hechos causados, única y directamente, por el enfriamiento del clima acaecido durante la referida centuria. Siendo precisos, a lo que Parker aspira en realidad es a «integrar el cambio climático con el cambio político, económico y social» (p. 19), y ello además con una intención bien clara: la de completar un todo explicativo de la Crisis General que, de otra forma, quedaría incompleto. Pero dicha determinación, hay que advertirlo también, en manera alguna lo lleva a considerar estos últimos cambios como fenómenos que se siguen o resultan, necesaria y mecánicamente, de aquel otro cambio primero. En otras palabras, es fácil percibir en este libro un afán por destacar los factores climáticos en la explicación de los acontecimientos históricos que se narran en él; lo cual, se insistirá, no equivale a sostener que tales acontecimientos estén determinados inexorablemente por aquellos factores o que estos lo expliquen todo por sí solos.

Puestos a desgranar las causas de la Crisis General, Geoffrey Parker prefiere hablar de sinergia entre factores naturales y humanos, es decir, de una acción de estas dos clases de factores cuyo efecto, en las concretas coyunturas del siglo xvii, acabó revelándose muy superior a la suma de sus efectos individuales. No puede extrañar, por tanto, que Parker califique una y otra vez de «fatal» esa acción multiplicada, y que lo haga precisamente para denotar la enorme capacidad destructiva y perturbadora con que se manifestó, a todos los niveles y por todo el mundo, durante la mayor parte del Seiscientos. Al fin y al cabo, la *Global Crisis*, tal como es contemplada en este libro, tiene unas fechas de comienzo y unas fechas de final que su autor se esfuerza en precisar (los «tiempos convulsos» habrían comenzado, según él, en 1618 y terminaron en la década de 1680); y, sobre todo, cuenta con fuentes abundantes —incluidas aquellas que deparan los datos científicos que permiten desvelar la naturaleza y magnitud del cambio climático— para ser estudiada en profundidad.

Y esto es precisamente lo que Geoffrey Parker se plantea llevar a cabo en *El siglo maldito*, una obra de largo aliento y amplio recorrido temático y espacial, de estructura reconocidamente braudeliana, en la que se examinan en interacción dialéctica, sin dar lugar por tanto a relatos sucesivos e inconexos, fenómenos de larga duración (climáticos y medioambientales, en particular), cambios a medio plazo (fluctuaciones económicas y demográficas, preferentemente) y acontecimientos de corta duración (como rebeliones y revoluciones, guerras civiles y guerras entre estados, etc., de las que tan pródigo fuera este siglo xvii); una obra provista además de un estilo narrativo brillante y decididor (a veces también desenfadado e irónico), y en la que el manejo de información y el aporte de testimonios, tanto documentales como bibliográficos, resultan verdaderamente abrumadores.³ Y una obra, en fin, que sobresale asimismo por las frecuentes analogías y paralelismos que su autor establece entre algunas de las situaciones y realidades del siglo xvii

3. Solo el capítulo de notas ocupa 165 páginas del libro (de la 1191 a la 1356), mientras que el listado bibliográfico, entre fuentes primarias y secundarias, se despliega a través de otras 91 (de la 1357 a la 1448).

estudiadas y otras similares de los siglos xx y xxi, en lo que constituye un recurso estilístico y didáctico sumamente estimulante a la par que ilustrador. Como cuando compara, son solo algunos ejemplos, la intensidad de los incendios sufridos por la antigua Edo (Tokio) en el siglo xvii con la de los acontecidos en la misma ciudad en el siglo xx; o cuando relaciona la pérdida y desplazamiento de personas que causó la guerra de los Treinta Años en Alemania con los que produjo en el mismo territorio la segunda guerra mundial, para, entre otras cosas, hacer patente —y precisar— que aquellos fueron proporcionalmente mayores que estos, sintiéndose también sus secuelas durante mucho más tiempo (pp. 182 y 372). Pero algo parecido cabría afirmar de las similitudes que Parker encuentra entre el comportamiento del rebelde chino Li Zicheng de las décadas de 1620 y 1630 y el del Mao Zedong de la revolución comunista del siglo xx en tanto en cuanto ambos personajes, tras su primer levantamiento insurreccional contra el poder instituido, hallaron refugio en los bosques que separan las provincias de Shanxi y Henan; o de las filiaciones que establece entre el Masaniello de la revuelta napolitana de 1647, cuya figura alcanzaría tras su muerte un alto valor simbólico (y no solo en la Italia española), y la personalidad no menos mitificada y hasta elevada a categoría de culto del Che Guevara de la segunda mitad del siglo xx (pp. 878 y 883).

Los préstamos tomados de textos escritos de la época (con independencia de géneros, desde crónicas e historias hasta cartas y diarios de diferentes personajes, pasando claro está por la literatura de creación y determinadas manifestaciones del primer periodismo) representan otra de las señas de identidad de este libro, como se aprecia, sin ir más lejos, al leer los títulos de muchos de sus epígrafes; y lo mismo cabe afirmar de determinados textos actuales, y no solo de historia. Así, por ejemplo, Geoffrey Parker se sirve de una idea expresada por Javier Cercas en su análisis novelado del intento de golpe de Estado militar del 23 de febrero de 1981 (*Anatomía de un instante*), y más en concreto cuando este autor alude a «la placenta del golpe» como sustrato alimenticio o entramado necesario del mismo, para hablar por su parte, con matices semejantes y parecido significado, de «la placenta de la Crisis», expre-

sión con la que titula precisamente la primera parte de su libro, mostrando desde el principio cuál va a ser su contenido.

En ella, en efecto, Parker estudia los contextos en que la Crisis General tuvo lugar. Y en primer lugar, en consonancia con lo planteado en el prólogo y la larga introducción, el contexto climático, marcado por el enfriamiento global y «una extraña y asombrosa sucesión de cambios en la meteorología», que afectaron negativamente a los niveles de las cosechas y al suministro de alimentos básicos a las poblaciones de buena parte del globo durante el Seiscientos. Semejante situación de escasez, empero, se vio agravada con motivo de las políticas ejercidas por los nacientes estados modernos, una de cuyas principales ocupaciones, si no la principal, consistió en hacerse la guerra entre sí (o en propiciar que la misma prendiera, bajo formas diversas, en su interior, llegando a enfrentar a los propios súbditos entre sí) en vez de tomar medidas capaces de atenuar las consecuencias del cambio climático, cuestiones que son tratadas por extenso en el segundo capítulo. Especial atención merece, dentro de este, el análisis que Parker lleva a cabo del Estado fiscal-militar, en cuanto que instancia de dominación dedicada básicamente a «obtener, centralizar y redistribuir los recursos para financiar el uso de la violencia», al igual que sus conclusiones acerca de lo que en otro apartado llama, expresivamente, la maldición del Estado compuesto, por la inestabilidad y diversidad propias de dichas construcciones políticas. El contexto espacial o geográfico de la Crisis es definido, a su vez, por el historiador británico en el tercer capítulo a partir de la consideración de cuatro áreas especialmente vulnerables en las que los efectos de aquella, con independencia del continente al que pertenecieran, se manifestaron con particular gravedad a mediados del siglo xvii: estados compuestos, ciudades, territorios marginales y macrorregiones. En fin, del contexto demográfico se ocupa Parker en cuarto lugar, poniendo los ojos no solo en la caída de la población provocada por la sucesión de pestes, enfermedades (algunas tan letales como la viruela y el tifus), carestías, hambres, guerras y otras calamidades, sino también en las medidas urgentes y extremas (aparte las migraciones voluntarias o forzadas) que adoptaron muchas comunidades en diferentes partes del mundo con el

único fin de reducir el número de bocas que alimentar. El resultado de la conjunción de tantos factores negativos fue que «un tercio del mundo ha muerto», según aseveraba la abadesa de Port Royal ya en 1654, testimonio que Parker trae a colación en varias ocasiones a lo largo del libro para significar la magnitud del colapso demográfico acaecido durante la centuria, una realidad que sin embargo él contempla, reconociéndose en este sentido tributario de esquemas interpretativos de corte neomalthusiano, como generadora de nuevos equilibrios a medio y largo plazo.

La segunda parte de *El siglo maldito* se inicia con dos evidencias que su autor se afana en destacar: que «la década de 1640 (como por extensión toda la centuria) vivió más rebeliones y revoluciones que cualquier otro período comparable de la historia del mundo»; y, también, que «el siglo xvii experimentó unos extremos climáticos rara vez sufridos nunca antes ni después (hasta ahora)» (pp. 213-214). Es decir, Parker plantea una vez más la que constituye la idea vertebradora de toda la obra, esa combinación de desastres naturales y humanos de la que emanan en definitiva las causas de la Crisis General; y lo hace con un propósito repetidamente declarado, esto es, para constatar, analizar y sopesar las consecuencias que sobre la vida de los hombres tuvo dicha combinación, cosa que de manera particular realiza en esta segunda parte, la más extensa de todas, titulada precisamente «Soportar la crisis». Impresiona desde luego el recorrido espacial que el historiador británico propone: desde China, Rusia y Polonia hasta Gran Bretaña e Irlanda, pasando por el Imperio otomano, Alemania y Escandinavia, las repúblicas holandesa y suiza, la península ibérica y Francia, son doce los estados de Europa y Asia en los que Geoffrey Parker centra su atención de modo monográfico para, en sucesivos capítulos, estudiar cómo interactuaron las fuerzas humanas y naturales en tales territorios hasta producir el «punto de inflexión» que acabó con el equilibrio social, económico y político existente; para analizar a continuación la naturaleza de la crisis en cada uno de ellos (concediendo un mayor espacio, eso sí, a los casos de Gran Bretaña e Irlanda) y documentar, por último, la aparición de un nuevo equilibrio. Pero impresionan aún más si cabe las manifestaciones de erudición de que hace gala el autor, la acumulación de testimonios y de información

bibliográfica y documental, su capacidad para realizar comparaciones y establecer denominadores comunes, que, aparte de ilustrar la narración de los acontecimientos concernientes a los distintos territorios, dotan a cada capítulo de una fuerza explicativa verdaderamente ejemplar.

Hubo, sin embargo, durante este *siglo maldito* países que, a pesar de sufrir fenómenos meteorológicos extremos y algunas rebeliones, «evitaron la sinergia fatal entre factores humanos y naturales que en otros lugares convirtió la crisis en catástrofe» (p. 673). Semejante constatación induce a Geoffrey Parker a establecer, en una tercera parte bastante menos extensa, los contrastes oportunos entre dichas zonas y los territorios de los que ha hablado en la segunda, ejercicio que funciona a la postre como una especie de prueba del nueve de su tesis principal. Las «excepciones» en cualquier caso sitúan de nuevo el relato en un escenario global: comprenden, por un lado, aquellas regiones que, según todos los indicios, parecen haber quedado al margen tanto de la Pequeña Edad de Hielo como de la Crisis General (las Grandes Llanuras norteamericanas, el África subsahariana, Australia), aunque para la mayoría de ellas faltan datos precisos que corroboren fehacientemente tal extremo, y abarcan, por otro lado, ciertas áreas donde al menos una parte de la población salió relativamente indemne del trance al que la sometieron los acontecimientos del siglo xvii (la India mogola, el Irán safávida, algunas colonias europeas en América, el Japón Tokugawa e, incluso, los reinos españoles de Sicilia y Nápoles). De ahí el título, «Sobrevivir a la crisis», con el que Parker ha querido abrazar los cuatro capítulos dedicados a estudiar el impacto de aquella en estos territorios, y que en conjunto forman la tercera parte del libro.

Atención especial presta Geoffrey Parker al Japón Tokugawa en sus inicios. No en balde, representa, a su modo de ver, el ejemplo más claro de cómo las iniciativas humanas pudieron evitar los efectos más graves del enfriamiento global y otros desastres naturales, es decir, de cómo consiguieron «limitar primero, y más tarde, reparar el daño», casi con independencia de que, tras un siglo como el xvi de casi permanente guerra civil, el archipiélago partiera de una densidad demográfica relativamente escasa que aliviaba la presión humana sobre las subsistencias disponibles. Entre tales iniciativas, la no implicación de los gobernantes

de la dinastía Tokugawa en conflictos internacionales, en tanto en cuanto trajo la paz y evitó que sus súbditos sufrieran las consecuencias devastadoras de la guerra o que tuvieran que pagar impuestos más elevados, se reveló, qué duda cabe, como una de las más importantes, si bien el que se duplicara la cantidad de tierra cultivada, se triplicara la población y se cuadruplicara la producción de principio a fin de la centuria fue fundamentalmente una consecuencia de la particular «revolución industrial» ejecutada por el conjunto de la población, proceso que nuestro autor, siguiendo al historiador económico japonés Hayami Akira, explica con claridad y precisión, sin dejar por ello de aludir a los costes del mismo.

Tampoco podía olvidarse Geoffrey Parker, en una obra cuya temática aspira a ser global y que busca establecer comparaciones entre los estados y las sociedades afectados por la Crisis General, de descubrir denominadores comunes en todos los fenómenos que estudia, y especialmente en lo que respecta a uno de los ingredientes más determinantes de la referida crisis, esto es, los violentos desórdenes y las manifestaciones de desobediencia que se sucedieron en todo el mundo a lo largo del siglo XVII, en particular durante sus décadas centrales. Revoluciones, rebeliones, revueltas campesinas, motines populares, etc., fueron, en efecto, formas habituales de enfrentarse a la Crisis General, una realidad que proporciona a Parker el título («Enfrentándose a la crisis») de la cuarta parte de su libro, donde se ocupa preferentemente de desentrañar las características de dichos sucesos y de penetrar en su anatomía, recurriendo, llegado el caso, a viejas conceptualizaciones por lo que todavía tienen de operativas tanto desde una perspectiva teórica como metodológica.⁴

4. Valgan como ejemplos las referencias al clásico trabajo de Crane BRINTON, *Anatomía de la revolución*, Aguilar, Madrid, 1962, cuya edición original en inglés es de 1938. En cambio, Parker cita solo de pasada la recopilación de estudios llevada a cabo por Robert FORSTER y Jack P. GREENE, *Preconditions of revolution in Early Modern Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1970 [traducción: *Rebeliones y revoluciones de la Europa Moderna*, Alianza, Madrid, 1972], donde se manejan con profusión ciertas categorías de análisis («precondiciones», «precipitantes», etc.) que están presentes igualmente en su libro.

Sobresale en concreto su análisis de los «parámetros de la resistencia popular», sabedor de que las manifestaciones de esta seguían, en su gestación y en su discurrir, unos protocolos y unas convenciones muy similares en todas las partes, las cuales, al tiempo que permiten identificar mejor tales movimientos, los hacen mucho más comprensibles a nuestros ojos. Igual de pertinentes desde el punto de vista historiográfico resultan sus consideraciones acerca del papel que en las rebeliones y revueltas del siglo desempeñaron ciertos individuos que, aun perteneciendo a los sectores poderosos de la sociedad (tal sucede con algunos aristócratas y religiosos o con ciertos intelectuales que se sentían agraviados política y económicamente por sus gobiernos), proporcionaron el elemento ideológico necesario para activar el descontento popular y hasta propusieron soluciones alternativas para los problemas del momento, llegando incluso a poner en peligro la estabilidad del Estado. Y naturalmente Parker se ocupa también por extenso de estudiar de qué manera y a través de qué cauces se desarrollaron y extendieron las ideas radicales que están en la base de muchas de las agitaciones políticas y sociales del siglo. Particularmente luminosas son las páginas que dedica a los «conectores», personajes encargados de divulgar la información y de propagar la sedición; o las que le sirven para describir la conformación de una «esfera pública» tanto en Europa como en Asia, siendo la proliferación de textos impresos y de escuelas, y por ende, el sensible incremento del número de personas alfabetizadas, hechos que analiza asimismo con detalle, sus concreciones más visibles, sin las cuales, concluye, hubiera sido imposible la difusión de las nuevas ideas.

La quinta y última parte del libro de Parker («Más allá de la crisis») viene a ser una dilatada corroboración, a la inversa, de su tesis principal. Comprueba, en efecto, el historiador británico que «las agitaciones políticas, sociales y económicas conocidas como Crisis General cesaron en la década de 1680», pero al mismo tiempo constata que «el enfriamiento mundial se prolongó durante una generación más». Quiere ello decir que, a partir de un determinado momento de finales del siglo XVII, dejó de haber una coincidencia entre ambos fenómenos y que cesó, por tanto, esa sinergia fatal entre factores humanos y naturales que no solo

está en el origen de la *Global Crisis* sino que marcó su desarrollo durante décadas. A estudiar los cambios susceptibles de explicar semejante disonancia, engendradora a fin de cuentas de una época nueva en la historia de la humanidad, dedica nuestro autor los tres capítulos que componen esta quinta parte.

Obviamente, tales cambios no se circunscriben al hecho de que, tras los desastres, hubiera quedado mucha menos gente viva y a que, en consecuencia, hubiese disminuido la demanda global de alimentos y mejorado la provisión de bienes; ni terminan en las estrategias de supervivencia desplegadas por quienes sobrevivieron a las calamidades de mediados del siglo, y menos aún se agotan en la mayor eficacia alcanzada a partir de un determinado momento en la lucha contra el hambre, la enfermedad y la muerte. Amén de que en algunas partes del mundo se asistiese a los comienzos de una «segunda revolución agrícola», de que se fueran poniendo las bases de una «revolución del consumo» y de que se produjese con mayor o menor intensidad lo que Jan de Vries ha llamado, refiriéndose a Europa, la «revolución industrial», situaciones que representaron otras tantas respuestas frente a la crisis, es evidente que la experiencia de las convulsiones políticas y de las guerras pasadas determinó asimismo la aparición de verdaderas manifestaciones de antibelicismo, esto es, de movimientos intelectuales cada vez más amplios que reclamaban la paz y contemplaban la estabilidad política y la tolerancia religiosa como elementos que en el futuro deberían presidir la convivencia colectiva y las relaciones entre los estados. Y sin lugar a dudas la Crisis Global, respondiendo a esa dialéctica de «destrucción creadora» propia de todas las crisis de la que hablara en su día Joseph A. Schumpeter,⁵ excitó también las sensibilidades e hizo surgir nuevas formas de conocimiento «práctico» o «científico», las cuales, por las razones que en el libro se detallan, tuvieron en Europa mayor

5. *Capitalismo, socialismo y democracia*, Folio, Barcelona, 1984. No obstante, Parker, dando la vuelta al argumento, habla también de «destrucción no creadora», pues después de la crisis, si bien hubo cosas que cambiaron, otras quedaron igual o nunca más volvieron a su ser anterior.

arraigo que en Asia, un fenómeno que en la historiografía es conocido como «la gran divergencia»⁶ y que acabaría por colocar al Occidente europeo en una ventajosa posición de salida en el camino que conducía al capitalismo y a la hegemonía mundial. Geoffrey Parker lleva al lector, sucesivamente, a cada uno de estos escenarios, no solo para hacerle comprender la complejidad de los hechos que configuran su discurso, sino para advertirle de la multiplicidad de causas que los produjeron y que permiten a su vez explicarlos, lo cual es también una manera de entender la propia Crisis General.

Siendo *El siglo maldito* un libro que ofrece una interpretación global de la crisis del siglo XVII, periodo este que ha venido considerándose clave en la transición hacia la moderna sociedad de mercado, en especial cuando se habla de Europa, resulta llamativo que su autor apenas mencione (o, incluso, que eluda el hacerlo) las interpretaciones que en los años setenta del siglo XX se dieron acerca del desarrollo económico del Viejo Continente en las épocas medieval y moderna. Ni la teoría de la protoindustrialización esbozada por Mendels y desarrollada por Kriedte, Medick y Schlumbom, con su énfasis en la extensión de la industria en las áreas rurales;⁷ ni la interpretación de Wallerstein sobre la primacía del comercio internacional y la emergencia, ya en el siglo XVI, de un «moderno sistema mundial» capitalista;⁸ ni las propuestas Brenner so-

6. Señaladamente desde el libro de Kenneth POMERANZ, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, 2000.

7. Franklin MENDELS, «Proto-industrialisation: the first phase of the industrialisation process?», *Journal of Economic History*, 32 (1972), pp. 241-261; Peter KRIEDTE, Hans MEDICK y Jürgen SCHLUMBOM, *Insindustrialisierung vor der Industrialisierung*, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 1977 [traducción española: *Industrialización antes de la industrialización*, Crítica, Barcelona, 1986].

8. Immanuel WALLERSTEIN, *The Modern World-System. I. Capitalist Agriculture and the Origins of the World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, 1974; y II. *Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*, Academic Press, Nueva York, 1980 [traducción española de ambas obras en Siglo XXI, Madrid, 1979 y 1984].

bre la naturaleza de los derechos de propiedad de la tierra, las relaciones de propiedad y la estructura de clases agraria;⁹ ni el modelo desarrollado por North y la llamada Nueva Economía Institucional (NIE) sobre el cambio institucional y el papel del Estado como principal protagonista del crecimiento y del desarrollo económico,¹⁰ encuentran acomodo (y menos aún contraste) en el libro de Geoffrey Parker. Este tampoco entra a discutir las estimaciones de macromagnitudes hechas por diversos historiadores en las últimas décadas,¹¹ algunas de las cuales parecen cuestionar ciertos datos (tanto cuantitativos como cualitativos) sobre la profundidad y gravedad de la crisis del siglo XVII, y en especial sobre sus efectos a medio y largo plazo, ofrecidos por el historiador británico. Y deja de lado asimismo la muy divulgada (y todavía más reciente) interpretación de S. E. Epstein, quien, tratando de responder a la pregunta de qué fue lo que produjo el crecimiento económico europeo y la gran divergencia respecto al resto del mundo, pone el acento en el análisis de la creación de los mercados y de las consecuencias de la integración del mercado durante la Baja Edad Media y la Época Moderna, a la vez que subraya la importancia de la innovación, el desarro-

9. Robert BRENNER, «Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe», *Past and Present*, 70 (1976), pp. 30-75; «The agrarian roots of European capitalism», *Past and Present*, 97 (1982), pp. 16-113 [traducción de ambos artículos en *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1988]; y «Property relations and the growth of agricultural productivity in late medieval and early modern Europe», en A. Badhury y R. Skarstein, eds., *Economic development and agricultural productivity*, Cheltenham-Lyme, 1997, pp. 9-41.

10. Douglas C. NORTH y Robert P. THOMAS, *The Rise of the Western World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1973 [traducción: *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica*, Siglo XXI, Madrid, 1978].

11. Una exposición compendiosa de esta renovación del conocimiento histórico, calificada por algunos de «revolt of the early modernist», con referencias precisas a títulos y autores, puede verse en Enrique LLOPIS AGELÁN, «España, la ‘revolución de los modernistas’ y el legado del Antiguo Régimen», en E. Llopis, ed., *El legado económico del Antiguo Régimen en España*, Crítica, Barcelona, 2004, pp. 11-76.

llo tecnológico y la formación del capital humano como motor de desarrollo en la era preindustrial.¹²

Lo que ha hecho Geoffrey Parker, por tanto, es elaborar un nuevo paradigma al situar en el centro del relato la cuestión del cambio climático como principal —aunque no único, y menos aún actuando en solitario— factor explicativo de la crisis del siglo XVII y, por extensión, de las intermitencias y retrocesos experimentados por el crecimiento económico premoderno, de los que aquella vendría a constituir un rotundo exponente. Sin duda la posibilidad, inexistente hasta hace pocos años, de combinar las fuentes políticas y económicas con las del registro natural, el aumento casi exponencial de la información que este proporciona y su accesibilidad, así como el uso que se puede hacer de ella, han jugado a favor de la construcción del nuevo modelo, el cual parece haber encontrado en la visión neomalthusiana, tan criticada por algunas de las interpretaciones de la transición al capitalismo citadas más arriba, un más que oportuno complemento. Ello suscita algunas dudas inquietantes y remueve posiciones que se creían inamovibles. Y no tanto por el hecho de que en dicha construcción el clima se configure como una realidad inexorable al margen (hasta los tiempos actuales al menos) de la contribución del hombre y de las concretas estructuras sociales,¹³ cuanto porque, ya de por sí, la tesis del cambio climático representa una explicación exógena de las fluctuaciones de la población y la economía (y de la propia coyuntura política) de difícil asimilación-aceptación en la medida en que trasciende el análisis de los sistemas socioeconómicos sobre los que incide. Construcción o modelo, dicho

12. *Freedom and growth. The rise of states and markets in Europe, 1300-1750*, Routledge, Londres, 2000 [traducción: *Libertad y crecimiento. El desarrollo de los estados y de los mercados en Europa, 1300-1750*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2009]. Y Stephan R. EPSTEIN y Maarten PRAK, eds., *Guilds, innovation and the European Economy 1400-1800*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008.

13. Una tesis en cierto modo opuesta es la que sostiene Eric J. JONES, *Revealed biodiversity. An economic history of the human impact*, World Scientific Publishing Company, Singapur, 2014.

sea con otras palabras, que atenta contra ese optimismo antropológico (¿o soberbia intelectual?) que contempla al hombre como medida de todas las cosas y se esfuerza en mantener la ilusión de explicar, a partir de causas exclusivamente endógenas, cuantos acontecimientos afectan a las sociedades en las que vive. Sin embargo, no se puede negar que cambios climáticos ha habido a lo largo de la historia, y que a causa de ellos, como viene a recordarnos Parker, «continentes enteros, cuando no hemisferios, se han visto afectados por grandes y prolongados desastres medioambientales». Más aún, «nos guste o no —es la conclusión con la que a modo de advertencia cierra su libro, más atento ahora al momento presente y al inmediato porvenir que al pasado— el papel que como generador de crisis está teniendo el cambio climático en la historia humana tampoco nos va a abandonar». El tema queda así planteado; materiales para el debate, tanto historiográfico como político y ciudadano actuales, no faltan, desde luego. A ampliar dicho bagaje contribuye, destacadamente, este libro magnífico, que lo es también por muchas otras razones.